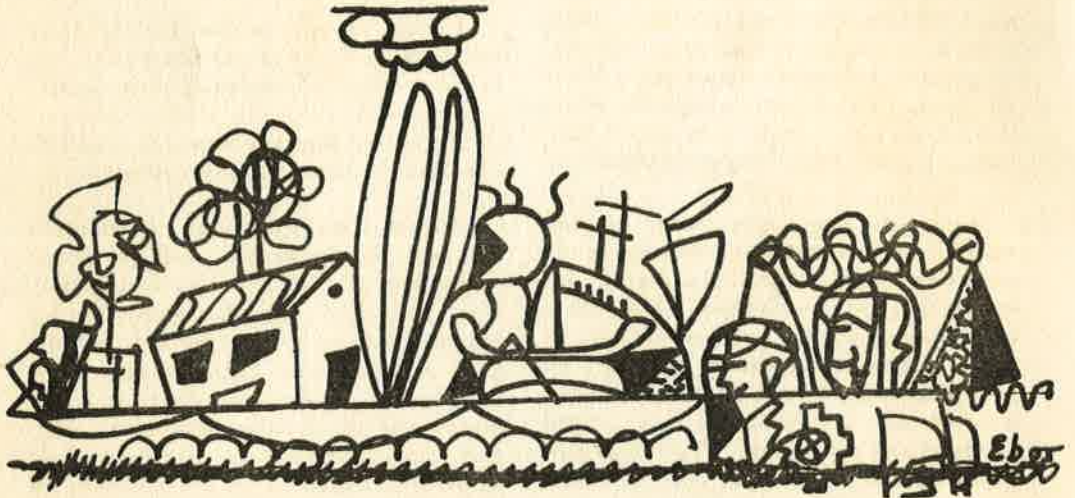


notas - notas



Gonzalo Haya, S. J.

Todo cristiano es teólogo. Debe ser teólogo. Y puede lograrlo con su reflexión interior, siguiendo algunas orientaciones (1).

No es necesario que maneje gruesas enciclopedias, ni que investigue los papiros de Qumran. La teología es esencialmente penetración de la fe. El silogismo escolástico o la filología histórica, son métodos útiles pero no imprescindibles; auxiliares de la teología que facilitan la comprensión del mensaje.

Para S. Agustín, la teología es una necesidad del creyente, un ansia surgida de la fe viva, su plena posesión. El memorismo pasivo que repite los dogmas del catecismo es inmaduro. Denota infantilismo en la fe.

1.^a Actitud: *Inteligencia de la fe.*

El hombre se esfuerza en comprender lo que ha creído. Comprender es relacionar unos dogmas con otros, expresar el mismo contenido con otras palabras, presentarlo con nuevas imágenes, aplicarlo a situaciones nuevas, traducirlo a una nueva filosofía o psicología.

Esta fue la primitiva teología. Clemente de Alejandría y Orígenes habían estudiado la filosofía y artes griegas. Al recibir la palabra de Dios no pudieron menos de clasificarla en sus ideas previas del mundo y los seres, aunque tuvieron que corregir muchos de sus encuadres anteriores. Así se benefició la fe con un desarrollo claro y armónico.

ACTITUDES TEOLOGICAS

notas - notas

Por su parte los primeros apologistas de la fe usaron los conceptos de los impugnadores, para refutarles en su propio lenguaje. Las mismas controversias internas con los primeros herejes obligaron a precisar el significado de cada expresión doctrinal. Se expresó por ejemplo con el concepto de sustancia y de relación, la fe trinitaria.

De esta manera las parábolas semitas de Cristo fueron organizándose metódicamente en estructuras helénicas (2). Fue una necesidad apremiante para la primitiva Iglesia. Podría haber adoptado otra filosofía adecuada, pero fue quizás providencial la expansión y madurez que había alcanzado el helenismo.

2.³ *Actitud: Contemplación espiritual.*

Las homilias de los Santos Padres desarrollan otra línea teológica, menos impetuosa pero quizás más profunda. No bastaba defender la veracidad de

Cristo. El Maestro no enseñó para ser defendido, sino para ser comprendido. Cristo enseñó con su imaginación, con su afecto, con sus obras, tanto como con su dialéctica. Para comprender a Cristo hace falta absorberle con todas las facultades del alma. Todos, principalmente sus adversarios, le escuchaban atentos. Sin embargo Jesús repetía "Quien tenga oídos para oír, que oiga".

San Pablo pedía que sus cristianos fueran hechos capaces de conocer "la caridad de Cristo que sobrepasa todo conocimiento" (Eph 3,19).

Las agudezas del entendimiento arrojan fácilmente el silencio de los contemplativos. Abelardo, con su inquietud especulativa, penetró mejor los conceptos dogmáticos que S. Bernardo, pero el Abad de Claraval se alzó justamente contra aquel desaprensivo teólogo que profanaba con su actitud y su conducta la piedad, único motivo honesto de la teología (3).

Para el estudio de las ciencias basta la inteligencia; para comprender la virtud es necesario vivirla. Las ecuaciones matemáticas tienen la misma solución en la cabeza del santo o del ateo. Pero el valor de la virginidad escapa frecuentemente a los corazones corrompidos. Mayor imposibilidad existe respecto a las realidades sobrenaturales. Al Padre no le conoce más que su Hijo eterno, y aquellos a quienes éste quisiera revelar.

(1) Esta nota me fue sugerida por algunas ideas expuestas por el P. Cándido Pozo en un curso monográfico sobre Historia de la Teología, explicado en la Facultad del Sagrado Corazón, Granada 1962-3.

(2) El progreso dogmático se realiza siempre en función de unos conceptos, que determinan el desarrollo del dogma en una dirección más que en otras. La dirección de máximo progreso es contingente en cuanto depende de las circunstancias históricas en que el dogma vive. Pero cuando el Magisterio infalible de la Iglesia se sirve de determinadas categorías conceptuales procedentes de alguna filosofía, no se las incorpora en todo su sentido original, sino solamente en cuanto representa categorías universalmente válidas y comunes a todo pensamiento.

(3) GILSON, *La Théologie mystique de saint Bernard*. Paris 1934 p. 84s. GRABMANN, *Geschichte der scholastischen Methode II*. Freiburg im B. 1911 p. 106.

“Padre, te doy gracias porque has ocultado estas cosas a los sabios y prudentes y se las has revelado a los humildes” (Mt 11,25).

La profesión de fe del Apóstol Pedro “no fue obra de la carne y sangre (las facultades humanas) sino del Padre que está en los cielos”. (Mt 16,17).

El verdadero quehacer teológico es la contemplación de Dios. Es el Espíritu quien —según la promesa de Cristo— ha de recordarnos y explicarnos las palabras de Jesús.

La actitud teológica fundamental es la oración, la humildad, la pureza de alma, la docilidad a Dios.

3.^a *Actitud: Constatación positiva.*

Hemos visto dos actitudes teológicas elementales, surgidas de la necesidad de entender la fe o de la necesidad de vivirla en profundidad. Ciertamente no se excluyen, sino que se complementan. Aisladas llevan a la herejía; juntas se equilibran. Pero su unión debe servirse de algunas experiencias claves formuladas ya por el Magisterio infalible de la Iglesia.

Los primeros especulativos cayeron en la herejía gnóstica; sometieron el mensaje de Dios a sus propias especulaciones. Entendieron a Cristo como un Eón emanado del Padre, según los principios filosóficos de Plotino. La especulación incontrolada no ha sabido mantener los dos extremos antinómicos del misterio cristiano. Nunca han faltado en la historia herejías racionalistas.

Los espirituales no han estado más lejos del peligro de herejía. Los judaizantes, enemigos persistentes de S. Pablo, se creían defensores escrupulosos de la ley divina. El quietismo y la mística heterodoxa, no menos que los exaltados apocalípticos, han abierto continuamente una zanja a la derecha del recto camino de la Iglesia.

Estaríamos tentados de proponer como remedio a las herejías una armonía

razonable entre intelectualismo y voluntarismo. Esta síntesis bastaría si la fe consistiera en misterios difíciles, pero humanos. Sin embargo la fe excede las posibilidades de armonía del hombre; supone una realidad sobrenatural que sólo podemos conocer por insuficientes comparaciones de analogía.

Para mantener el equilibrio de los aspectos antagónicos de la fe que aceptamos y practicamos —un solo Dios y tres personas; gracia y libertad— es necesario estar confirmados en cada problema por el Espíritu. Y el Espíritu ha sido prometido a la Iglesia como garantía de su inerrancia doctrinal.

La tercera actitud teológica fundamental será la constatación positiva de la doctrina de la Iglesia, contenida en las Sdas. Escrituras, en la Tradición de la Iglesia, en las declaraciones de los Concilios, de los Sumos Pontífices, o en la doctrina ordinaria de toda la Iglesia universal. Es lo que se llama teología positiva.

Se ha hecho famosa la expresión de S. Agustín: “Ha hablado Roma, ha terminado la controversia”. Especialmente el siglo XVI —época de oro de la teología española— se caracterizó por el desarrollo de esta teología positiva. Desde mediados del siglo XVIII ha vuelto a cobrar mayor incremento valiéndose de las ciencias modernas para una interpretación más exacta de los documentos antiguos.

Método teológico

Según el predominio de estas actitudes teológicas fundamentales, se han adoptado diversos métodos teológicos.

La actitud especulativa necesitaba de una filosofía. En la época patrística predominaron los elementos platónicos. En el siglo V Boecio y Casiodoro introdujeron la lógica de Aristóteles que ya en el siglo XII era la única aceptada. En el siglo XIII penetraron las ideas aristotélicas sobre cosmología y metafísica.

sica, provocando gran escándalo entre los teólogos. El uso equilibrado que de ellas hizo Santo Tomás las ha consagrado oficialmente para expresar la doctrina de la Iglesia. Esta actitud filosófica ha recibido el nombre de escolástica por haber comenzado en la enseñanza de las escuelas catedralicias. Los siglos de decadencia suelen abusar del método especulativo, degenerando en cuestiones inútiles y formalistas con el consiguiente escepticismo; tales los nominalistas de los siglos XIV-XV.

La actitud contemplativa se ha deslizado sosegada por las homilias patristicas, las alegorías ingenuas de la escuela de Alejandría, las analogías con las realidades creadas que S. Agustín encontraba mencionadas en la Escritura, por los fervientes monólogos de S. Anselmo, los sermones de S. Bernardo, o las contemplaciones de S. Buenaventura. Hoy impregna algunos escritos especulativos como la obra de Mersch. Su expresión más caracterizada en todos los tiempos ha sido la liturgia: profesión de fe, rito cultural y participación sacramental; catequesis jerárquica y diálogo popular en cantos y símbolos.

La actitud positiva de constatación del dato revelado o de su auténtica interpretación por los Santos Padres, se ha manifestado en Recopilaciones, Florilegios, Libros de sentencias, Abreviaciones, Enchiridion, Etimologías, Glosas, Comentarios, o en las modernas Enciclopedias y monografías científicas.

Actitud y temperamento

Con la simplificación e inexactitudes de una síntesis rápida resumo la conexión que se ha establecido entre las actitudes teológicas y el temperamento

propio, (4) e incluso con las tendencias raciales y bloques culturales (5).

La actitud especulativa ha sido llamada mentalidad estática, propia de temperamentos armónicos, sin grandes crisis, afectivamente equilibrados, de un optimismo natural en la razón y fuerzas humanas. Predominaría en Occidente, propenso a las categorías espaciales, a determinar la esencia de los seres, a los conceptos abstractos, a la precisión y al método. El mejor representante de esta mentalidad en la teología sería Santo Tomás.

La actitud contemplativa correspondería más bien a una mentalidad dinámica, propia de temperamentos afectivos con profundas crisis religiosas, pesimistas respecto a las fuerzas humanas pero de una confianza optimista en la gracia. Esta mentalidad está más extendida y acentuada en el Oriente; su reflexión es más temporal, histórica—ideas en narraciones y parábolas—vital y concreta. Prescindiendo de sus representantes orientales, dentro de nuestra cultura occidental S. Agustín ha participado en grado extraordinario de esta mentalidad.

No creo que haya sido clasificada *la tercera actitud*. Quizás sea producto de la actitud especulativa, pero sin el arranque de personalidad creadora que la caracteriza. La constatación positiva es propia de épocas de sedimentación, en las que los héroes individuales desaparecen en el anonimato de un trabajo en colaboración. Es época de expansión y divulgación de la cultura. Menos brillante quizás, pero realístamente humana; porque los hombres se dignifican, se solidarizan, y sobre todo se sienten uno en el Cuerpo Místico de Cristo.

(4) GILSON, *L'idée de philosophie chrétienne chez saint Augustin et chez saint Thomas d'Aquin*. La Vie intellectuelle 8 (1930)

46-62. GILSON, *Reflexions sur la controverse saint Thomas - saint Augustin*. Mélanges Mandonnet I. 1930 pp. 371-383.

(5) PLINVALE, *Pelage, ses écrits, sa vie, et sa réforme*. Lausanne 1943, pp. 401, 405s.

Teología personal

Todo cristiano debe ser teólogo. Entre los diversos métodos que registra la historia fácilmente alguno despertará nuestra inquietud oculta. No es necesario, ni posible, abarcarlos todos. Ni siquiera es necesario dominar las tres actitudes fundamentales. Estas, ni deben separarse totalmente, ni pueden coexistir ordinariamente en igual medida. Basta tenerlas en cuenta, proporcionarlas según las exigencias del propio temperamento.

En toda vida cristiana consciente se han producido algunas experiencias religiosas personales: un pensamiento, un impulso, un régimen de vida. Lo importante es que nos acercamos a Dios. Son rescoldos de fe que debemos alimentar en esta vigilia del día del Señor. Debemos profundizar esas gracias particulares, como núcleo de nuestra Teología personal.

Nuestra fe es Cristo. Nuestra Teología, conocerle más personalmente.

Esta es la vida eterna, que te conozcan a tí, el único Dios verdadero, y a quien enviaste, Jesucristo (Jn 17,3).

